



EL PRÍNCIPE Y EL PASTOR

Por Ada Albrecht

Mahasattva era un joven talentoso. Considerado así por sus maestros y profesores, su mente era capaz de abrir las puertas de casi todos los problemas racionales. Con extrema facilidad aprendió matemáticas, astronomía y una gran cantidad de otras ciencias.

Ciertamente, Mahasattva era casi un genio. Único hijo del Maharaja de Gukor, pequeño reino situado a los pies de los Himalayas, había sido encaminado por su padre, el Rey Tamoguna, hacia el mundo de la lógica, de las metódicas disciplinas, imprescindibles para que la mente se compenetrara con el mundo de las ciencias.

Tamoguna había prohibido terminantemente a los maestros de su hijo que le hablaran de Religión, de poesía y otras de esas “trivialidades” —como las llamaba— que en su opinión sólo servían para anarquizar el pensamiento. Nunca, en sus jóvenes quince años, Mahasattva había escuchado el sonido de una vina o el verso de un poeta. No existían Templos en el pe-

queño reino de Gukor, ya que éstos habían sido convertidos en laboratorios o bibliotecas científicas.

Cierta vez, Mahasattva fue a visitar un bosque cercano con sus preceptores. Buscaban nuevos vegetales para clasificar. Mahasattva se internó, por un senderillo, y comenzó a escuchar algo desconocido por él hasta ese instante. Era la música de una flauta.

—¡Qué sonido maravilloso! —se dijo, y añadió emocionado:

—Ni las voces de los pájaros, ni el susurro de la brisa de abril, poseen una dulzura semejante.

Buscando aquí y allá, descubrió que dicho sonido se producía a través de un instrumento que se hallaba en las manos de un joven pastor. Éste lo miró alegremente. Por su parte, Mahasattva sentía que su corazón rebosaba de una extraña felicidad al contemplarlo.

—¿Quién eres?, ¿qué haces?, ¿y dónde vives? —preguntó Mahasattva.

—Soy el hijo de Dios, canto a Dios y me esfuerzo por vivir en Dios —dijo sonriendo el pastorcito.

—¿Es Dios un rey como mi padre Tamoguna? —preguntó Mahasattva con toda inocencia.

El pastorcito rió, festejando lo que consideraba una alegre ocurrencia de su interlocutor.

—Dios, mi Padre, es un mendigo. Sentado en los umbrales de la vida, pide siempre a los que pasan la limosna de un corazón —o sea, de un sentimiento espiritual—, para enamorar a las almas de la Luz Divina. Cuando recibe una de esas benditas limosnas, todo el universo se estremece, hay más brillo en el sol y la luna, es más hechicero el perfume de rosas y lotos. Mi Padre también es Rey, y también es músico y poeta. Los latidos de Su Corazón viven en los Textos Sagrados, y Su Aliento es la vida de cuantas criaturas existen en el mundo. A menudo, toma la forma de los campesinos que aran la tierra. Entonces, Él habita en sus manos, desmenuza los terrones entre sus dedos y planta las semillas en la Madre Tierra. Otras veces, mi Padre es soldado que lucha en los campos de batalla del espíritu; desaloja las sombras de las ambiciones que habitan en la mente humana. Otras, es marino y cruza en su nave de Conciencia el mar de las efímeras ilusiones mundanas rumbo al país de la Suprema Realidad, que es el Suyo. Mi Padre es todo eso, y mucho más.

—¿Y tú, quién eres? —preguntó el pastorcito.

Mahasattva quedó en silencio por un instante. Lo que acababa de escuchar lo llenó de asombro.

—Yo soy... yo soy... —pero no pudo terminar la frase, porque el llanto, como un manto gris, cubría su corazón. Luego dijo:

—No puedo decirte quién soy, porque ahora que he escuchado cuanto me has dicho, he perdido mi propia identidad, me he olvidado de mí mismo. Estoy frente a ti y sólo sé que anhelo con toda mi alma conocer a tu Padre. Te ruego, por favor, ¿podrías llevarme hasta Él?

—No —dijo el pastorcito, que siempre sonreía—. Él está en ti. ¿Cómo puedo llevarte hasta Él, si Él ya se encuentra en tu corazón?

Luego de pronunciar estas palabras, y como por arte de magia, el pastorcillo desapareció, y todo quedó en silencio. Mahasattva no salía de su estupor. ¿Había sido su imaginación? ¿Se había vuelto loco? ¿Cómo era posible que tan súbitamente desapareciera algo que tenía visos de innegable realidad?

Sin embargo —haya sido una ilusión o no— en lo profundo de su ser sólo permanecían vívidamente las palabras que le dijera el pastor: que un tal “Dios” vivía en su corazón.

Tan profundamente penetraron esas palabras en su corazón que decidió no regresar con sus preceptores.

Mahasattva siempre había sido respetuoso con su padre Tamoguna, y siempre había obedecido todos sus consejos. Pero ahora —a pesar del cariño que sentía por su padre— seguiría otro camino, pues de algún modo debía hallar al Padre del pastor.

Así pues, habiendo tomado resueltamente su decisión, se internó en el bosque con un solo y fervoroso anhelo en su corazón: conocer al Padre del pastor. Lo único que deseaba era abrazarse a Él con toda su alma, ser mendigo con Él, grumete de Su barco, humilde azadón entre Sus manos cuando éstas araban la tierra...

Abandonó pues el reino y se dijo que no regresaría hasta lograr su cometido.

Luego de un largo viaje halló una cabaña abandonada que años atrás había albergado a un guardabosque. Permaneció refugiado allí por largo tiempo. Los días y las semanas pasaban lentamente.

—No descansaré hasta hallarme frente al Padre del pastor—se decía una y otra vez—. El pastor me ha dicho que vive en mí, mas, ¿cómo descubrirlo?, ¿qué camino debo tomar para llegar a Él?

Con estas preguntas en su mente fue olvidando poco a poco sus libros, y la vieja curiosidad que le impulsaba a estudios

y análisis constantes lo fue abandonando. Su vida era sencilla, contemplaba las maravillas del bosque, sus grandes árboles, sus arroyos y sus flores. Se alimentaba con frutos silvestres y permanecía en quietud. Después de un tiempo se acostumbró a sentarse en silencio a las orillas de un sereno estanque de lotos cercano a la cabaña.

Cierta vez tuvo allí un extraño sueño. En él vio que cuanto le rodeaba había adquirido el don de la palabra.

—¿Han visto —preguntó en sus sueños a los lotos del estanque— al Padre del pastor que lleva una flauta entre sus manos, y que es el hijo de un tal Dios? ¿Han escuchado su melodía?

—Todos los días escuchamos su canto, y es por eso que florecemos —respondieron los lotos.

Luego preguntó a las mariposas, a los pájaros, a los grandes bayanes, si habían visto pasar al joven pastor, y todos ellos le respondieron afirmativamente.

—Sin su música —dijo un pino joven— no podríamos elevar nuestras copas, ni generar hojas ni frutos. El color esmeralda de nuestros cuerpos es creado por ella. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que acaso no lo sabes? El universo entero florece como un nenúfar en la infinita fuente del espacio sólo al conjuro de la

melodía que emerge de la flauta del pastor. Ninguno de nosotros podríamos vivir sin ella.

De pronto, como la luz de un relámpago que en un instante ilumina todo el universo, Mahasattva lo comprendió todo. Ese “tal Dios”, era la Inteligencia Universal, el Señor Creador de cuanto existe, era la misma Eternidad, el Ser Inconmensurable del cual naciera la Vida. El corazón de Mahasattva latía en el cielo, y su felicidad no tenía límites. Pero quiso saber todavía más: quiso saber quien era el pastor.

—Es el Amor —dijeron a coro los altísimos abedules, las magnolias gigantescas, y las florecillas tímidas escondidas bajo las matas que enmarcaban los caminos.

—¡Es el Amor! —dijo el mundo entero—. La existencia nuestra es Su Danza, Él vive en nosotros y nosotros en Él, porque lo amamos y nos ama. Siendo dichosos cumplimos Su Voluntad, muriendo cumplimos Su Voluntad. Ese es el Secreto de la Felicidad: la absoluta Fe en Él.

—Entiendo ahora —pensó el hijo del rey Tamoguna—, por qué el pastor me explicó que su Padre, Dios, estaba en Mí, y es porque Él mora en todas las cosas, en todas las criaturas de Su mundo.

Y Mahasattva, el que fuera príncipe del pequeño reino de Gukor, abandonó por siempre el efímero mundo del *Samsâra*,

la Gran Ilusión. Al despertar de ese estado maravilloso junto al estanque, había hallado a su Verdadero Padre, el Señor de la Vida, a Quien desde entonces y para siempre, adoró y reverenció con todo su corazón.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura
